

## XV

Juzgad mi asombro; me encontré en presencia de la señora de Blangy.

Aturdido, la miré sin poder hablar.

La condesa parecía, por su parte, estar muy conmovida.

Mi intempestiva llegada era causa, más que suficiente, de semejante emoción.

Se tranquilizó, no obstante, antes que yo, abrió de par en par la puerta, y se dirigió á Paula, que permanecía en el descansillo, diciéndola:

—Es tu marido, querida. Tan brusca ha sido su llegada, que no le habrás conocido. Ya no tienes excusa para marcharte tan deprisa.

Cuando Paula hubo vuelto á cerrar la puerta, se volvió á mí la condesa de Blangy, y me dijo, pero esta vez con la voz más natural del mundo:

—Me felicito, caballero, al recibirlos en mi humilde vivienda; tened la bondad de seguirme.

Como no contesté nada, dió el brazo á Paula y echó á andar delante de mí.

Las seguí y entramos en el gabinete.

Entonces pude hablar. Hubiese adelantado más con no desplegar los labios, porque no se me ocurrió más que exclamar:

—¿Con que estoy en vuestra casa?

—¿Lo dudáis?—me contestó riéndose.—¿Lo dudáis?

¿En qué casa pensáis entrar de esa manera tan rara? En la vuestra, tal vez, y confieso que sólo así se explicarían esos modales. Pues no, señor; estáis en mi casa y únicamente en mi casa. Os extrañará que yo posea dos domicilios. Pues es muy sencillo. En la calle de Caumartin me molestan sin cesar; siempre hay alguno colgado de la campanilla, y no tengo un momento de libertad. Aquí gozo de una tranquilidad completa; me encierro en este retiro, como los sabios se retiraban al desierto, para soñar. En este gabinete tengo todas las ventajas del campo: el silencio, el aislamiento, la calma, el reposo, y no padezco sus molestias, como son; el canto del gallo, los ladridos de los perros y el olor del establo. Arreglo mi vida, amigo mío, como me parece, y no dependo de nadie. Soy como un hombre.

Dijo todo esto de un tirón, sin descansar, con el objeto, sin duda, de aturdirme con su verbosidad y dominar la situación.

Detúvose para tomar aliento, y con una pasmosa habilidad se adelantó á las objeciones que yo hubiera podido hacerla y al asombro que hubiese manifestado.

—Os veo—dijo sonriéndose—dirigir, alrededor, miradas . . . recelosas, permitidme esa expresión. Os diréis que para retiro, este gabinete está demasiado lujoso, y que es muy extraño el mueblaje. Este gran diván circular, esos espejos de Venecia, esos grupos sobre la chimenea, confesado, os chocan un poco. Tened presente, querido señor, que si coloqué estatuas sobre la chimenea, en vez de po-

ner un reloj, como es costumbre, es porque detesto lo que hacen los demás por rutina, y además, porque me gusta no acordarme de la hora que es. Este diván es un mueble delicioso, cuyo modelo tomé de uno que ví en la exposición universal, en la sección reservada á Turquía. Probadlo, reclináos un poco, y veréis qué bien se está. En cuanto á los espejos, me hubieráis dicho maravillas de ellos, á hacer su pequeña irrupción en esta casa media hora antes. Entonces, las bujías estaban encendidas, ardía el fuego y sus mil destellos se reflejaban en los espejos: esto estaba divino. Pero como yo pensaba salir de casa un momento después que Paula, y no esperaba vuestra visita, apagué el fuego y las bujías y permití la entrada del sol. Así que, esto, ahora no produce ningún efecto... Dispensadme.

Yo no tenía ninguna necesidad de que la condesa me pidiese perdón para el sol, porque no estaba resentido con él.

Por otra parte, ¿con quién lo estaba? Lo ignoraba. La condesa había conseguido aturdirme. Se me iba la cabeza.

\*  
\*  
\*

Mientras me hablaba del diván y de los espejos, mis ojos se habían fijado en los objetos que me designaba. También veía el famoso peplum, que tan detalladamente describí. Lo veía tirado sobre el diván y cerca del sitio donde estaba sentada Paula. Indudablemente pertenecía á la con-

desa de Blangy; ¡y pensar que su hallazgo me impresionó extraordinariamente! En mi delirio, había acariciado el raso, aspirado los aromas deliciosos que de él se desprendían y hasta llegado á soñar. ¡Lo que es la imaginación! Hubiera podido, en verdad, creer que la condesa adivinaba todos mis pensamientos.

—¿Admiráis mi peplum?—dijo de pronto.—Hacéis bien, porque es un traje muy cómodo para estar por casa.

Y esto diciendo, se levantó, cogió el peplum y se lo puso encima del vestido.

—¿Veis qué bien está?—continuó—á pesar de su anchura, dibuja admirablemente el pecho y los hombros. ¡Y con qué gracia caen los pliegues! Paula está encantada con este traje, y deberíais encargarle uno parecido. Yo la hubiera ofrecido éste, pero, por desgracia, no somos de la misma estatura.

\*  
\*  
\*

Y como yo hiciese signos afirmativos con la cabeza, añadió:

—Pero ¿os quedasteis mudo? En vano procuro daros ánimo con mis cariñosas palabras, porque no os dignáis despegar los labios. ¿Qué tenéis? ¡Ah, ya caigo!—añadió, después de reflexionar un instante.—¡Y no haberseme ocurrido antes!... Estáis furioso porque se os desobedeció, porque no se han cumplido vuestras órdenes. Prohibistéis á vuestra esposa que viniera á verme y ha vuelto. La seguis-

teis, por desgracia, y adquiristéis la prueba de que era cierta la desobediencia.

Al decir esto, se sentó, ó, mejor dicho, se medio echó en el diván, á mi lado, y continuó diciendo:

—Vamos á discutir un poco. Desde luego, por lo que á mí se refiere, debo declararos que no os guardaré rencor ni un sólo instante. Tenéis celos de todas las afecciones que siente vuestra esposa, á la que exigís que no ame á nadie más que á vos, y esto, cuando menos, es muy pretencioso, aunque nada hay en ello que pueda ofenderme. Cuando, hace dos meses, vino Paula á anunciarme la medida que adoptastéis con respecto á mí, y el ostracismo á que me condenabáis, exclamé: «¡Pobre muchacho, y cuánto te ama!»

Ya lo veis, soy buena princesa, condesa debí decir. Yo hubiera llegado á teneros mala voluntad si hubiese creído posible que llevaríais vuestra tenacidad hasta separarme por completo de mi amiga de la infancia, si no hallara un medio de desobedeceros; en una palabra: si yo no hubiese sabido vencer hábilmente la dificultad. «¿Se niega á recibirme?»—dije á Paula—«Sí»—me contestó suspirando.—«Pues bien, está en su derecho prohibiéndome llegar á la puerta de su casa; y te prohíbe también que me visites?»—«Sí»—murmuró la pobrecilla, suspirando de nuevo.—«Es menester obedecerle, querida amiga: las órdenes de un marido son sagradas; no volverás á poner los pies en la calle de Caumartin. Pero seguramente no te prohibió ir á la calle de Laffitte, puesto que no conoce mi casa de campo, mi *buen retiro*. Irás allí dos ó tres veces á la semana á pasar una hora en mi compañía. Cerraremos las persianas, encenderemos las bujías, nos reclinaremos en el gran diván, fumaremos cigarrillos turcos, y diremos de tu marido todo lo malo que nos pueda sugerir nuestra venganza de su ferocidad. Esto será divino». He aquí, señor mío, lo que nos hemos atrevido á hacer. Si somos culpables, coged uno de esos almohadones y ahogadnos con él,

como se hace en Turquía; eso tendrá color local. Si, por el contrario, nos perdonáis por tenernos cariño desde que estuvimos en el convento, y el no poder vivir separadas, abandonad ese aire tétrico que me recuerda á Barba Azul, y aceptad este cigarrillo turco.

Y así continuó hablando durante más de media hora. Cuando nos separamos de ella, ni Paula ni yo habíamos podido hablar ni una palabra, lo cual no impidió que nos dijera:

—Podéis volver á visitarme en mi retiro, que de fijo no alborotaréis con el ruido de vuestras voces. No lo censuro, pero sois muy discretos y reservados.

No faltaba más, sino que nos lo echara en cara.

## XVI

Y bien, amigo mío; ¿que os parece? ¿No debía estar satisfecho? Las dudas que me hicieron sufrir por espacio de ocho días, habían desaparecido como por encanto. Mis celos, no tenían razón de ser. Era evidente que la condesa de Blangy decía la verdad: aquella habitación la habrá alquilado para hacer vida de hombre, como ella decía. Ninguna de sus excentricidades podía asombrarme ni extrañarme. La había amueblado á su manera y cuando recordaba mil detalles, me extrañaba no haber pensado en ella, desde que, por primera vez, fui á ver á la portera. Aquel mueble de raso negro con botones de color de fuego ¿no tenía su igual en su salón de la calle de Caumartin, ¿Muchas veces, no la había yo oído quejarse de que los hermosos divanes turcos no fuesen adoptados por nuestros tapiceros parisienses? ¿Y aquellos libros artísticamente colocados y vistos en su casa anteriormente ¿por qué no me hicieron reflexionar? Mi mujer no era culpable, como habrá dicho muy bien la señora de Blangy, más que de

haber eludido espiritualmente mis órdenes. Yo no podía quejarme en serio de ningún agravio nuevo, porque la verdad era que el antiguo continuaba latente. Hallábame siempre en el mismo punto.

Y, no obstante, creedlo, fui presa de mortal tristeza, de una melancolía más intensa que la de antes. Durante ocho días mis celos distrajéronme de mi dolor y no soñaba más que muertes, duelos y venganzas.

He aquí, que, de pronto, descubro que los celos no tenían razón de ser y que debía abandonar todos mis proyectos guerreros para volver al *statu quo*.

La idea fija volvió á apoderarse de mí y á ponerme cara á cara con el enigma que me torturaba sin cesar.

Las distracciones mundanas á que apelé para distraerme no me dieron resultado. Hacía ya mucho tiempo que había roto mis relaciones con la mujer de que os hablé antes: semejantes relaciones me repugnaban y hastiaban: el remedio era peor que la enfermedad.

Ocurrióseme la idea de viajar. «El movimiento, el ruido la vista de nuevos horizontes, la necesidad en que me vería de ocuparme de infinidad de detalles, de hablar de cosas indiferentes, de hacer vida activa, me sentarán bien, me decía. De todos modos si yo no soy dueño de mis pensamientos, si los llevo conmigo, y me torturan crueles recuerdos, saldré, al menos, materialmente, del ambiente en que hoy vivo, y esto es algo»

\*  
\* \*

Mis preparativos de viaje, no fueron largos. ¿Que dejaba yo detrás de mí? Una sola persona; que llevaba mi apellido, y esta era precisamente de la que me quería separar.

¿Era posible que aún alimentase alguna esperanza? Me di-  
jé que este viaje le haría reflexionar: mi vida á su lado  
era insoportable y quizás por otra parte decía el proverbio  
la ausencia me daría la razón. Mi ayuda de cámara, des-  
pués de prepararme las maletas, se había retirado y yo  
ponía en orden algunos papeles, cuando se presentó mi  
mujer:

—¿Con qué es verdad?— me dijo.— ¿No me habían en-  
gañado?

—Ya lo veis.

—¿Sin prevenirme?

—Os hubiese dicho adiós, pero me pareció que era poco  
conveniente emocionaros anticipadamente.

Paula aparentó no fijarse en lo que tenían de irónico estas  
palabras. De pié en la chimenea, apoyado el codo sobre  
el mármol, mirábame en silencio mientras hacía los últimos  
preparativos de viaje. De pronto lo oí murmurar:

—Sí, puede que eso será lo mejor.

Dejé el neceser de viaje que tenía en aquel momento en  
la mano, y me acerqué á ella.

—¿Os parece que obro bien alejándome? — le dije.— Mi  
presencia os molestaba; ¿verdad?

—Interpretáis mal mis palabras; respondiíme con dul-  
zura:—muy diferente era mi pensamiento y no tenía nada  
que pudiese ofenderos.

—¿Creeis qué este viaje cambia vuestras disposiciones  
respecto á mí?

No respondió á esta pregunta muy directa, sin duda,  
hasta al cabo de un momento que me dijo:

—Estamos en invierno. ¿no teméis al frío?

—No; me dirijo al medio día.

—¿Cuándo pensáis regresar?—me preguntó.

—Cuando seáis para mí lo que debéis ser.

Esperé á que contestara: «Soy una compañera cuidada-  
sa, una amiga fiel, intento haceros agradable la vida, mi  
mi carácter es encantador, mi genio siempre igual.

¿Qué tenéis que reprocharme? «Y en ese caso, antes de  
partir, que hubiese dado la satisfacción decirle» Yo no me  
casé para convertirlos una señora de compañía y admirar  
vuestro carácter. Rindo homenaje á vuestras cualidades  
intelectuales, pero no me molestaría seguramente, conocer  
de un modo más íntimo las demás cualidades» En fin, yo  
la hubiera dicho esto y, es más, estallado, lo que siempre  
sirve de alivio.

No me dió pretexto, fuese porque temiese mis palabras  
y la escena consiguiente, fuera porque verdaderamente  
tuviese conciencia de los agravios que me infiriera.

Permaneció sin embargo, en mi cuarto sin intentar ale-  
jarse: seguía con la mirada todos mis movimientos. En  
sus ojos traslucíase simpatía y tristeza.

Al cabo, dije:

—Es la hora de partir.

\*  
\*  
\*

Llamé, hice bajar el equipage y pedí un coche.

Mientras ejecutaban mis órdenes, quedé á solas con  
ella.

Nos mirábamos sin pronunciar palabra: yo, apoyado en  
la biblioteca y Paula siempre delante de la chimenea, con  
el codo sobre el mármol y la cabeza apoyada en la palma  
de la mano.

El carruage que habrán ido á buscar paróse delante de  
la puerta.

Dí un paso hacia Paula y la dije:

—Adiós.

Se me acercó, y colocó en frente al alcance de mis labios. Parecía una hermana, que despedía á su hermano.

¡Y yo no era su hermano: yo la adoraba, sí la adoraba con toda mi alma!

Hacia una hora que estaba en mi cuarto, á mi lado, y, á pesar de mi frialdad aparente, no había cesado de admirarla repetiéndome cien veces;

«Nadie es más encantadora, más linda, más cumplida, más deseable» y, sin embargo, mis labios se estremecieron al tocar su frente abrasadora; sobre mi pecho sentí, durante un momento, el frote de su pecho y llegaron hasta mi los cálidos efluvios que se escapaban de todo su ser.

No pude más.

Con un brazo, enlacé su talle, procurando encorvarlo mientras apoyaba una mano sobre su cabeza, y mi boca descendía de su frente á mis labios.

¡Ah! Si hubiese respondido á esta última tentativa, á esta súplica desesperada, si sus labios se hubieran entreabierto para dejar escapar un suspiro, un soplo, si solamente hubiese intentado sustraerse á mis besos, defenderse, luchar!...

No, fiel á sus principios, mostrose también esta vez, como se habrá mostrado siempre. Su talle se dobló dócilmente, su cabeza se inclinó á la presión de mi mano, su boca no intentó huir de la mía: toda su persona permaneció insensible, inanimada, inerte, galvanizada, mejor dicho.

En vez de una mujer, tenía como siempre, un cadáver entre mis brazos.

En el acto todos mis ardores desaparecieron súbitamente, helado al contacto de aquel hielo, hui.

## XVII

Al día siguiente de esta escena, me encontraba en Marsella. No os asustéis, querido amigo, que no tendré la crueldad de haceros viajar [conmigo, aunque, por lo demás, quisiera que os negaséis á hacerse].

Los enamorados son malos compañeros de viaje; suspiran con más frecuencia que admiran, y yo he conocido á varios que, ante lugares maravillosos ó ante un museo resplandeciente de obras gigantescas, han cerrado los ojos para recojerse mejor y pensar en sus amores.

En Marsella me embarqué para Italia. Visité, ó mejor dicho, recorrí Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán, Turín y, tomando en Génova el camino de la Cornisa, volví á Francia, tres meses después de haberla abandonado.

En Niza me detuve. Antes de dirigirme á París, deseaba conocer á fondo el estado de mi corazón y consultar un poco el de Paula.

¡Pronto adiviné el estado del mío; aquella ausencia de tres meses, aquella vertiginosa carrera de ciudad en ciudad, no había hecho más que acelerar sus latidos!

Mi imaginación, que, como sabéis, era muy exaltada y

vagabunda en París, se entregaba entonces á desordenadas cavilaciones.

Había cometido una gran falta; porque cuando se desea recobrar la serenidad, la paz, y volver en sí, dominando alma y sentidos, no conviene ir á Italia, tierra clásica de los volcanes y de los museos secretos.

Pero ¿qué importaba tal recrudescimiento de ardores, si gracias á mi ausencia y al aislamiento en el cual había vivido, el corazón de Paula, se había puesto de acuerdo con el mío? ¿Qué queréis, querido amigo? Cuando se vuelve de Italia, no se duda de nada.

Hacia poco que la primavera había reemplazado al invierno: yo contaba con el sol de Abril para disipar las nieblas que se habían levantado entre mi mujer y yo, y fundir la nieve, en medio de la cual había preferido vivir hasta entonces. Y me decía:

«Todo, en este momento, canta el amor en torno suyo; debe haberse dejado conmovido por esa sublime armonía y querrá mezclar su voz á las del gran concierto, dado por la Naturaleza.»

Dispensad, amigo mío, el giro poético de esta última frase: es que Italia me fascinaba.

\*  
\* \*

Vuelvo á la prosa, para no abandonarla ya más; lo que me resta que deciros, ó mejor dicho, por dejaros adivinar, no merece, ni mucho menos, primores de estilo.

Frente á ciertas infamias, no está permitido el silencio; es preciso levantar mucho la voz para condenarlas. La in-

diferencia, el desdén, el silencio, las dan valor alentándolas; la sombra, las tinieblas que las rodean las hacen confiar en su impunidad; esas infamias se extienden, se engrandecen, prosperan, y llevan la vergüenza y el deshonor en torno suyo.

Es preciso combatir las á todo trance, sin temor de herir oídos delicados y despertar ideas dañinas. Sustentando ridículas preocupaciones, ocultando los vicios, tratándolos con cierto miramiento, desdeñando hacerlos resaltar, es por lo que llegan muchas veces, con el tiempo, á pasar por virtudes.

Si no hay quien se atreva á decir á un jorobado: «Tienes una joroba»; al enano: «eres deforme», el enano y el jorobado se crearán hombres hermosos.

¡Cuántas sociedades se han perdido por no haber hombres fuertes ó bastante autorizados para gritarles:

—«¡Tened cuidado, que acaba de brotar un nuevo vicio, una nueva lepra os amenaza!»

No estando prevenidas, no han podido defenderse, el vicio ha crecido, la lepra se ha extendido y ha hecho tales extragos, que cada uno, habiéndose convertido en leproso ó en vicioso, no se ha dado ya cuenta del vicio ó de la lepra de su vecino.

Pero, si bien pertenece al narrador ó al escritor, la misión de señalar y estigmatizar ciertas corrupciones, también lo es que debe hacerlo con una palabra, con un solo rasgo de la pluma.

Les está prohibido entretenerse en largas descripciones y en pinturas demasiado animadas. He aquí, querido amigo, por qué hace poco os he dicho tan pretenciosamente, que no me pondría más á poetizar el estilo, haciendo gala de los primores de éste.

No habréis comprendido, probablemente, mi violenta salida de tono, por cierto, algo prematura.

Y volvamos al asunto.

## XVIII

Al llegar á Niza, lleno de entusiasmo y esperanza, escribí á Paula una carta de las más conmovedoras; una de esas cartas tan apasionadas, que deben comunicar el fuego á todos los que la lean, y que cabe preguntar si no será peligroso, para la seguridad pública, enviarlas por el correo.

Al cabo de tres días recibí la contestación. Me había escrito á correo seguido: buena señal.

Me encerré en mi cuarto y la leí con recogimiento y atención profunda: no respondía á una sola palabra de lo que yo la decía: su carta no tenía relación con la mía. Me daba noticias de su salud, que dejaba mucho que desear, aseguraba ella, desde hacía algún tiempo.

Me hablaba de todo lo que había hecho en París, durante el invierno, de las comedias á la moda y de los conciertos y reuniones que se preparaban. Creo que se ocupaba hasta, incidentalmente, de las cuestiones políticas de actualidad. Dignábase, al fin, trasladarme los recuerdos de su familia y abrazarme afectuosamente.

Es cierto, y hay que hacerla justicia, que había escrito las cuatro carillas de la carta. Echando estas cuentas, debí

quedar satisfecho, y lo habría estado, si en vez de gozar del triste privilegio de marido, la casualidad me hiciera, en lugar de esto su tío, y no tendría que querellarme.

Aque.la carta era buena para escrita por una pensionista á sus abuelos, bajo la vigilancia de sus maestras, y muchas veces dictadas por estas.

Decididamente era inútil, por el momento, regresar á París, y elegí domicilio en Niza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTARRÉY, MÉXICO



## XIX

El hotel que yo habitaba, Hotel de los Príncipes, creo que se encontraba á bastante distancia de la ciudad y del paseo de los Ingleses, pero hacia frente al mar tenía vistas admirables.

Para el que, como yo, estaba cansado de un rápido viaje, tenía aquel lugar una ventaja: la tranquilidad era completa.

Una aristocrática gran señora rusa, demasiado enferma para desear evitar todo bullicio, ocupaba el primer piso.

En el segundo aparecían, de vez en cuando, algunos ingleses de la buena sociedad, y yo compartía el tercero, reservado, sin duda, á Francia, con uno de mis compatriotas.

Era este hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, simpático á primera vista, y de porte distinguido.

Al día siguiente de mi instalación en el hotel, la casualidad me hizo ver á mi vecino en la mesa, durante la comida: cambiamos los saludos y hablamos de nuestros viajes.

Como yo, llegaba de Italia, solamente que se había pa-

sado en ella dos años y antes había recorrido Alemania y gran parte de Rusia.

Su conversación era por demás interesante; había visto todo y todo lo había estudiado. Hablaba de los soberanos extranjeros como si hubiera estado agregado á su corte y, poco después, describía las costumbres de la gente del pueblo del Cáucaso, como si hubiese vivido entre ellos durante mucho tiempo y gozando de su intimidad; tal era la exactitud y colorido de su relato.

A propósito de costumbres, me acuerdo de una discusión que se entabló entre nosotros, después de nuestra segunda conversación, y cuando terminada la comida fumábamos un cigarrillo ante la puerta del hotel y paseando por las Ponchettes.

—De todos los pueblos que he tenido ocasión de estudiar—decía mi compañero—el francés es el que tiene, seguramente, las costumbres más disolutas.

Como esto me extrañase, continuó:

—Os aseguro que sólo en nuestro país se deja uno llevar, por la imaginación, á ciertos delirios y aberraciones. En Alemania, por ejemplo, nuestros refinamientos de corrupción son casi desconocidos.

—Convengo en que en Francia, y entre la gente del pueblo, de las ciudades ó de los campos, las costumbres dejan mucho que desear, pero en la alta sociedad y en la burguesía...

—He ahí vuestra equivocación—dijo interrumpiéndome.—El traje negro y el vestido de seda tienen en nuestro país, hasta cierto punto, el privilegio de la depravación, y se explica. No son los sentidos los que intervienen, sino la imaginación. El lujo, la ociosidad, el delirio, la sobreexcitación llevan á toda clase de aberraciones. El hombre del pueblo, labrador ú obrero, no tiene tiempo de soñar, y si lo tuviera, su cerebro no se prestaría á ello. Son muy materiales para ser corrompidos; demasiado ingenuamente sensuales para ser disolutos. Están bien de salud, gracias

al aire que respiran, á los trabajos manuales, á los cuales se dedican, y la corrupción es, en general, la consecuencia de alguna debilidad enfermiza. Se llega á ser disoluto como á ser goloso, por la falta de apetito. Este tiene el recurso de usar las especias para poder comer, y aquél perfecciona el amor para poder amar.

Mi compañero se extendió mucho sobre esta materia, de la que se ocupó durante largo rato, y yo lo escuché con atención.

A menudo os he dicho, querido amigo, en el curso de este relato, y ya os habréis convencido que, á pesar de mis treinta años, yo era un inocente, un puro, si la política no hubiera prostituido este último calificativo.

Mi primera juventud, vigilada por una madre de las más rigoristas, además de los trabajos á que yo me dedicaba, tuvo ciertas disposiciones pudibundas que me habían apartado de los camaradas perjudiciales y de fáciles placeres, y esto os explicará claramente esta pureza relativa de mi espíritu.

Mi imaginación no había viajado jamás fuera de ciertos límites, y apenas si llegaba á comprender, y podía franquearlos á pesar de la experiencia que mi interlocutor ponía á mi servicio.

Este hablaba, es verdad, con medias palabras, y éstas estaban llenas de delicadas reticencias.

## XIX

Durante muchos días, hablamos de este modo de distintos asuntos que yo conocía mejor, y los traté de modo que llegaron á interesar á mi vecino de cuarto.

No nos separábamos apenas: á las diez, hora del almuerzo, nos reuníamos; salíamos enseguida á dar un paseo por el camino de Villefranche: cerca de las tres, nos encontrábamos para oír la música, en la especie de *square*, donde la sociedad nicense se daba cita; la comida nos volvía á juntar, y por las tardes en el círculo de Extranjeros, en la sala de lectura ó en la de juego.

A pesar de esta especie de intimidad, ¿lo creeréis? ignoraba aún el nombre de mi compañero.

Muchas veces, oí al dueño del hotel, al jefe de comedor ó á los camareros, que le llamaban señor conde; pero, con esta despreocupación de los viajeros que saben las relaciones más íntimas, no duran nada, me olvidé de preguntar el nombre que seguía al título.

Una mañana, supe de pronto quien era aquel señor, y os explicaréis fácilmente cuán grande fué mi sorpresa.

Me había levantado con la presuntuosa idea de que el correo me traería noticias de Paula.

Llegó la hora de la distribución de cartas, y como no veía que nadie me subiese la mía, creí que estaría depositada en el buzón de cristal destinado á la correspondencia de viajeros, y bajé al despacho del hotel.

Como era natural, y de esperar, no encontré carta alguna de mi mujer, y estaba á punto de reprocharme mi inocencia, cuando vi un gran sobre, en el cual leí esta inscripción:

«Señor Conde de Blangy.

*Hotel de los Príncipes.*

Niza.»

Aquel apellido de Blangy, que era el de la mejor amiga de mi mujer, no podía por menos de llamarme la atención: al mismo tiempo en mi imaginación establecí cierta relación entre el título de «Señor Conde», que veía inscrito en el sobre de la carta, y el dado por la gente del hotel á mi vecino de cuarto.

¿Se apellidará de Blangy? me dije. Pronto supe á que atenerme.

Pocos momentos después el dueño del hotel cogía delante de mí aquella carta y la entregó á un camarero para que la subiera al cuarto número 27.

Esta era precisamente la habitación ocupada por mi vecino.

Le pregunté entonces, como podréis suponer, si aquel señor de Blagny, sería pariente de la condesa.

La ortografía de los apellidos, en un todo igual, sus títulos, también ambos iguales, y diversos detalles que vinieron á mi imaginación, así como las costumbres y carácter de mi compañero, llegaron á iluminarme.

Según todas las probabilidades, yo había hecho amistad, sin duda alguna, en Niza, con el marido de la amiga de Paula.

¿No se decía entre la buena sociedad que ya hacía tres años que viajaba por el extranjero, y mi amigo infinidad de veces me había confesado que tendría inmenso placer en volver á Francia después de este tiempo que de allí faltaba?

Como hablaba muy raramente de él, no estaba obligado á decirme «cuando yo pertenecía á la diplomacia» y yo sabía que poco tiempo después de su casamiento, el conde había enviado su dimisión al ministro de Negocios Extranjeros.

Además, su manera de hablar de las mujeres y el poco respeto que éstas parecía inspirarle, probaban su identidad.

Era el lenguaje suyo propio del hombre que, por ligereza, ó por cambiar de amor, se había portado mal con la pobre señora de Blangy y la había convertido en una viuda al poquísimo tiempo de casarse.

Estaba visto que no había tenido buena mano para hallar la primera amistad tratada durante su viaje.

Tardé poco, empero, en decirme que la conducta del conde para con su mujer, no era cosa que debiese interesarme.

## XX

La casualidad me había dado un compañero muy agradable, de lo cual debía alegrarme, aprovechando mi descubrimiento y las simpatías, que ya existían entre nosotros, para estrechar nuestras relaciones.

—Dentro de una hora escasa,—pensé paseándome delante del hotel,—nos reuniremos para el almuerzo, y me apresuraré á decir con la mayor amabilidad á mi vecino de mesa:

Si mi buena estrella no me hubiese hecho encontraros en Niza, este invierno seguramente, le hubiera conocido en Paris, porque vuestra esposa y la mía, son amigas íntimas.

Dos veces me repetí esta amable frase, y estudié el modo de decirla con galanura, redondeándola y pulimentándola; pero de pronto me dí una palmada en la frente, exclamando:

—¡Esa idea es absurda! ¿Crees que será agradable al señor de Blagny, oír hablar de su mujer? La abandonó, se separó de ella y vas á recordarle su conducta. Si quiere

olvidarse de que está casado, ¿con qué derecho vas á recordárselo?

Sí, el buen gusto me manda á callar; las más simples conveniencias me lo ordenaban. Pero hacía más de tres meses que no había hablado de Paula con alma viviente, ni pronunciado una sola vez su nombre, y se me presentaba una ocasión excelente para ocuparme algunos instantes de la que pensaba en mi corazón, y yo estaba demasiado enamorado para no ceder á la tentación, á pesar de lo que aconsejaban todas las conveniencias sociales.

Resistí dos días, sin embargo, creo resistiera más tiempo aún, si hubiese recibido carta de Paula, y podídola contestar entreteniéndome y pasando así el tiempo sostener esa correspondencia. De este modo sí que hubiera tenido fuerzas y valor para no hablar de ella con nadie.

Pero nada, ni una carta, ni una palabra; un silencio completo y un mutismo absoluto. Entonces, amigo mío, fui indiscreto y ridículo; como veréis, pues, voy á explicároslo.

El señor de Blangy y yo, salíamos del círculo de los Extranjeros y entrábamos en el hotel para comer, cuando, después de preguntarme de que manera entablaría la conversación que me traía obsecionado, me decidí bruscamente á decirle:

—Hace un momento, mientras estábais leyendo los periódicos, me entretuve mirando el registro donde se inscriben los nombres de los miembros del círculo, y me llamó la atención un nombre.

—¿Cuál?

—El del señor conde de Blangy. ¿Está el conde en Niza?

Miróme el conde con asombro, y me dijo:

—¡Qué! ¿No lo sabíais?

—No, señor. Conozco mucho de nombre al señor de Blangy, pero jamás me he encontrado con él.

—¿Estáis seguro?—me replicó sonriendo mi interlocutor, ni sospechar lo que le esperaba.

—¡Y tan cierto!

—Pues, permitidme que os diga que osequivocáia; aún no se separa de vuestro lado desde hace una semana, y de ello se felicita sinceramente.

Y como para ser fiel á mi situación, continué demostrando mi sorpresa.

\*  
\*  
\*

El conde añadió:

—Yo soy el conde de Blangy; creí que lo sabíais.

—Ni me lo figuraba siquiera; y no sabía más sino que mi buena estrella me había deparado la suerte de conocer á un hombre de la buena sociedad, persona de talento, y esto me satisfizo, por lo que no traté de averiguar su nombre.

—Hicimos mal los dos en no presentarnos el uno al otro, pero podemos reparar la falta.

Y nos detuvimos en la acera.

—Tengo el honor,—continuó con mucha gracia,—de presentaros al señor de Blangy.

Yo también me presenté. Mi nombre, que la casualidad había hecho que lo conociese ya, no despertó ningún recuerdo en él.

Era natural; en la época de mi casamiento, había el

conde abandonado ya á su mujer y no tenía relación alguna con ella.

Emprendimos de nuevo la marcha, y el conde me dijo:

—Hace poco me digísteis que me conocíais de nombre. ¿Cómo es eso?

Esperaba semejante pregunta, porque era lo más natural del mundo, y yo fui quien lo había provocado.

Me turbé, sin embargo, porque comprendí que iba á cometer un disparate; pero ya había avanzado mucho, para poder retroceder decorosamente.

—He oído con mucha frecuencia á mi esposa hablar de vos, conde.

Me pareció más delicado hablar de mi mujer que de la suya.

—¡Ah! ¿Con qué me conoce su señora?

—Tuvo ocasión de veros muchísimas veces en varias reuniones y bailes, antes de casarse conmigo.

—Es muy posible. ¿Y cuál era su nombre de soltera?

—Paula Giraud.

Apenas hube pronunciado este nombre, ví palidecer al conde, que experimentó una violenta conmoción.

Se repuso, no obstante, en el acto, y sin darme tiempo para responderle, me dijo con marcada frialdad:

—¡Ah! ¿Con qué os casásteis con la señorita Paula Giraud? En efecto, la he visto muchas veces en la buena sociedad; era una joven muy linda y excelente persona.

Opinaba como él; creía que esta era la verdad, y no tuve nada que contestarle.

Seguimos andando algún tiempo sin decirnos nada.

El señor de Blangy, se detuvo de pronto, pareció hacer un violento esfuerzo para dominarse, y me preguntó:

—¿Continúa como antes su esposa visitando á la mía?

—Sin duda: son amigas íntimas é inseparables,—respondí.

Lanzóme una mirada, de la cual me acordaré toda la